

¿Qué se puede elegir?

GÜNTER GRASS

EL PAÍS - Opinión - 16-09-2005

Vivimos en una época nada cicatera en crisis. Se nos ofrecen a diario, realmente amenazadoras o simplemente anunciadas, o se nos sirven, interesadamente, para meternos miedo. A muchos ciudadanos les resulta difícil distinguir lo que hay que tomar en serio.

Con lo que abordamos el tema de las elecciones anticipadas al Bundestag. Para decirlo de antemano: por difícil que sea alcanzar ese objetivo electoral, soy partidario de la continuación del Gobierno rojiverde bajo el canciller Gerhard Schröder y el ministro de Asuntos Exteriores, Joseph Fischer. Los dos han tenido el valor de acometer reformas difíciles, y los dos han demostrado saber actuar responsablemente ante crisis auténticas y no sólo anunciadas, tanto hoy como en el pasado más reciente.

Recordemos: hace cuatro años, el ataque terrorista a las Torres Gemelas del World Trade Center de Nueva York no sólo conmocionó a Estados Unidos, sino que nos conmocionó también. El canciller prometió entonces a Estados Unidos una solidaridad clara en la lucha contra el terrorismo; sin embargo, añadió previsoramente que Alemania no se dejaría arrastrar a aventuras.

La advertencia estaba más que justificada. Poco después, por boca del presidente de Estados Unidos, Irak fue declarado principal Estado bribón. El dictador Sadam Husein, su ex aliado, se convirtió en la encarnación del Mal. Con la justificación, ya entonces poco convincente, de que Irak se disponía a fabricar armas atómicas, se hizo un llamamiento a una guerra que, de forma conocidamente horrible, se cobró sus víctimas en la población civil y que, hasta hoy, no ha terminado.

Sin embargo, este Gobierno alemán, cuyo predecesor, como es sabido, se distinguió por una obediencia frecuentemente ciega, tuvo el valor de contradecir al presidente de la gran potencia. Willy Brandt hubiera llamado a eso "valor ante

el amigo". La CDU-CSU (la Unión Demócrata Cristiana y su ala bávara) se mostró consternada. ¿Cómo se podía irritar tan temerariamente a una gran potencia ejercitando con desenfado la soberanía? La participación en aquella guerra no debía rehusarse. El canciller y su ministro de Asuntos Exteriores no se dejaron confundir. Hasta hoy han mantenido su posición de responsabilidad, mostrándose al mismo tiempo cumplidores al servicio de las Naciones Unidas. Si hace tres años -también entonces hubo elecciones al Bundestag- el dúo Stoiber-Merkel las hubiera ganado, los soldados del Ejército alemán se habrían visto implicados, con todas las consecuencias, en una guerra que la población de Irak y sus "complacientes" aliados padecen aún.

La señora Merkel, hasta ahora, no ha entendido ni querido corregir su equivocada valoración política de una situación que sigue repleta de crisis. Elegirla para la cancillería sería una imprudencia: no lo pasaríamos bien en una forzada guerra entre "el Bien y el Mal".

Y nos encontramos además con un partido (el Partido Democrático Liberal) que, en beneficio de los que más ganan, se ha sometido al dogma del neoliberalismo. Junto con la CDU, quiere congraciarse con la organización federal de los empresarios mediante absurdos planes de reducción de impuestos.

Sé que otros han cometido esos errores también. Por eso no quiero disminuir la importancia de las pasadas apreciaciones erróneas del Gobierno y, por tanto, del canciller. Es evidente que se ha confiado con demasiada credulidad y demasiado tiempo en las promesas de los empresarios. Disminuciones considerables de las cuotas impositivas más altas no han tenido otra consecuencia que la exigencia de nuevas ventajas. Las ganancias han sido embolsadas, pero no se han utilizado para crear nuevos puestos de trabajo. Los consejeros de bancos y grandes empresas se concedieron sueldos e indemnizaciones que rayaban en la estafa. Al mismo tiempo, pidieron a los trabajadores y empleados sacrificios salariales utilizando métodos con frecuencia extorsionistas. Al fin y al cabo, tenían de su parte al cerrado *lobby* de los empresarios y a su supuestamente distinguido portavoz, el *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, o, en su versión más vulgar, a la

prensa de Springer. Amenazando permanentemente con la pérdida de puestos de trabajo se podía atemorizar a los sindicatos y hacer que la población trabajadora se doblegara. Los socialdemócratas y los verdes han cedido con demasiada frecuencia a esa presión; proclamando su impotencia, dijeron que tenían que ceder. Esa disculpa, sin embargo, es perjudicial para la democracia. ¿Adónde iríamos a parar si asociaciones de intereses extraparlamentarias -por ejemplo, el poderoso *lobby* de la industria farmacéutica- pudieran influir en el legislativo, poniendo así en entredicho la independencia de los representantes elegidos del pueblo?

Y así ha ocurrido que la carga de las reformas necesarias ha recaído demasiado unilateralmente sobre los asalariados, los desempleados y los jubilados. El Gobierno rojiverde ha reconocido tarde -sólo cabe esperar que no demasiado tarde- que las consecuencias financieras de las reformas ya inaplazables deben ser soportadas también, y en justa medida, por los ciudadanos que disfrutaban de ingresos altos y riqueza.

Tal vez se pregunten ahora algunos por qué un escritor, y además de edad avanzada, interviene en la campaña electoral. En los suplementos de los grandes periódicos, de todas formas, se dice a los escritores, especialmente a los jóvenes, que ni se les ocurra meterse en política. Como es sabido, la política es de siempre un negocio sucio y estropea el estilo. El arte, por favor, debe mantenerse limpio. Es una canción que conozco hace decenios.

No obstante, quien, como yo, se pregunta por los motivos del hundimiento de la República de Weimar y la toma del poder por los nazis, sabe que la democracia sólo sigue siendo viable cuando hay suficientes ciudadanos que la cubren con su cuerpo para protegerla. Es decir, cuando están dispuestos a intervenir y a no dejar la política sólo a los partidos y su ensayado intercambio de golpes. Por eso, hablo a la vez como escritor y como ciudadano.

No hay derecho más importante para la democracia que el derecho a votar libremente, que nada puede sustituir. Hacer uso de él debiera ser algo natural. La historia alemana lo demuestra. Cuánto hubo que luchar para que se

reconociera el derecho de sufragio a los ciudadanos. De qué forma tan vergonzosa se perdió. Y desde el comienzo de esa lucha, y luego durante la travesía del desierto de las leyes contra los socialistas de Bismarck, fueron socialdemócratas alemanes los que lucharon por ese derecho fundamental hasta conseguir el voto para la mujer. Eso hace que mis simpatías estén con los *sociatas*.

Sigue haciendo falta valor para los cambios, también para los que duelan. Entre ellos, habrá que pasar a un sistema de jubilaciones distinto. El seguro popular propugnado por los rojiverdes es, después de todo, un modelo que hay que considerar. En una sociedad que amenaza envejecer, hay que arriesgarse a tomar nuevos caminos hacia el seguro de vejez, a no ser que la promesa permanente de una política familiar favorable a los hijos consiga despertar el deseo de un nuevo *baby boom*. Porque ocurre que los alemanes, en la época del bienestar económico, hemos construido una multitud de viviendas unifamiliares, pero nos faltan niños que vivan en esas casas de cuidados jardines y, por tanto, niños que garanticen más tarde el sistema de jubilaciones. Si se sigue evitando hacer hijos -por las egocéntricas razones que sean-, habrá que reconocer alternativamente que Alemania es un país de inmigración y necesita la ayuda de muchos ciudadanos nuevos y jóvenes.

Gracias al Gobierno rojiverde, a cientos de miles de nuestros conciudadanos extranjeros se les ha concedido por ley la posibilidad de ser ciudadanos alemanes. Son una ganancia para nuestro país y, con algo más de tolerancia, podrían, con su multitud de hijos, ayudarse a sí mismos y ayudarnos a nosotros en mayor medida. Nadie debería obligarlos a renunciar a su cultura, porque también ella es parte de esa ganancia en colorido y variedad. Y sólo si se respeta su cultura, estarán dispuestos a aceptar como un enriquecimiento la cultura alemana y el aprendizaje del alemán.

Y así estamos otra vez con Gerhard Schröder y su ministro de Asuntos Exteriores, Joseph Fischer. Ambos han sabido crecerse en sus cargos respectivos. Ambos son capaces de reconocer errores y corregirlos. A ambos se les ha reprochado a veces el actuar por actuar y la arrogancia. Ahora bien, si se

quiere llamar así a la energía del uno y a la seguridad del otro, y a las relaciones de ambos, sin temores, con los medios, no hay nada que objetar. Porque a su seguridad y decisión debemos el que nuestros soldados federales no hayan participado, violando el derecho internacional, en una guerra contra Irak.

Su actuación ha reforzado el prestigio de Alemania en el exterior. Hasta la relación con Polonia, históricamente difícil al verse siempre afectada por notas falsas y desconfianza latente, está en camino de convertirse en una relación de buena vecindad como la existente con Francia.

Mi discurso *¿Qué se puede elegir?* debe completarse con la pregunta ¿qué se puede elegir si continúa el predominio del capital? ¿Cómo es de grande o pequeño el margen de negociación de cualquier gobierno libremente elegido bajo semejante predominio incontrolado? ¿Tendrá que aceptar la globalización como *diktat* del capital y destino inexorable?

Desde finales de los ochenta, el capitalismo, civilizado con esfuerzo, se ha apoderado otra vez de aquellos métodos que en otro tiempo caracterizaron al capitalismo salvaje y que se creían superados por la economía social de mercado.

De esa forma se destruye capital. De esa forma se desprecia al ser humano. De esa forma, si los portavoces del sistema capitalista no recuperan el sentido, la autodestrucción de la última ideología reinante tendrá consecuencias imprevisibles. Por absurdo que parezca: quien quiera proteger al capitalismo del colapso tendrá que volver a civilizarlo, es decir, forzarlo de nuevo a tener un sentido de responsabilidad social, conforme con una economía social de mercado.

De Gerhard Schröder y Joseph Fischer cabe esperar que no retrocedan ante ese enfrentamiento; porque sólo así se podrán continuar las reformas iniciadas.

Votaré por los rojiverdes, porque nos han salvado de la guerra y demostrado valor para emprender reformas difíciles y dolorosas, y porque no tenemos nada mejor a la vista.

Votaré por los socialdemócratas porque están al lado de los socialmente débiles y saben cómo protegernos de caer en unas relaciones de clase estadounidenses. Además, sé por experiencia lo que significaría que Alemania pasara del rojiverde al negro. Por eso he dejado mi manuscrito en el pupitre y he intervenido como ciudadano en la campaña electoral. Tenemos la palabra. ¡Aprovechémosla!